

TIEMPO ORDINARIO

4º domingo

28 de enero de 2018

Invocamos al **ESPÍRITU SANTO DIOS:****ORACION COLECTA:*****“Señor y Dios nuestro, concédenos honrarte con todo el corazón y amar a todos con amor verdadero” Por J.C.N.S.*****MIREMOS JUNTOS NUESTRA REALIDAD**

A nadie se le oculta que estamos viviendo una grave crisis de autoridad. La confianza en la palabra institucional está bajo mínimos. Dentro de la Iglesia se habla de una fuerte devaluación del magisterio. Las homilias aburren. Las palabras están desgastadas. Los sondeos indican que la palabra de la Iglesia está perdiendo autoridad y credibilidad. No basta hablar de manera autoritaria para anunciar la Buena Noticia de Dios. No es suficiente transmitir correctamente la tradición para abrir los corazones a la alegría de la fe. Lo que necesitamos urgente es un “enseñar nuevo”

No somos escribas, sino discípulos de Jesús. Hemos de comunicar su mensaje, no nuestras tradiciones humanas. Hemos de enseñar cuando la vida, no adoctrinando mente. Hemos de contagiar su Espíritu, no nuestras teologías.

¿No es el momento de volver a Jesús y aprender a enseñar como hacia él?

Dt. 18,15-20*¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:****REFLEXIONAMOS ¿QUÉ DICE EL TEXTO?**

Aquí se alude a la promesa de un futuro profeta, lo cual dio pie posteriormente para la formación de la esperanza en un profeta excepcional, algo así como un segundo Moisés cuyas características se proyectaron algunas veces en el futuro Mesías. De ahí que en algunas tradiciones se esperaba que él explicaría la ley de manera absoluta y definitiva.

También se hace referencia a los falsos profetas. Como creyentes, debemos mantener muy abiertos nuestros ojos y nuestra conciencia para distinguir desde la misma Palabra de Dios a los verdaderos de los falsos profetas de nuestro tiempo; hay muchos que nos hablan en nombre del Señor, pero no todos nos comunican ni nos aclaran esa Palabra para ayudarnos a ser cada día más personas, más humanos, más hermanos. (cfr. Jer 23,9-40)

El contexto de este texto se encuentra en el capítulo 18 del libro del Dt. Donde se habla del sacerdocio levítico y luego la advertencia sobre los falsos profetas, tentación permanente del pueblo que quiere dominar la situación consultando adivinos, buscando falsas seguridades.

El Señor nunca permite escuchar a hechiceros y adivinos (v. 14) ¿De boca de quién debe escuchar, entonces, Israel el oráculo del Señor? El Señor dirigió la mayor parte de su palabra a Moisés y le ordenó enseñarle al pueblo las leyes y los preceptos que el Señor le había dicho (vv. 16-18) No obstante Moisés morirá.

El Señor promete una guía segura suscitando Él mismo los profetas; además son mediadores necesarios entre la grandeza y potencia divina y la pequeñez y fragilidad del pueblo.

El profeta es un don de Dios a su pueblo

Lo que aquí se promete es, más que un profeta, una línea de profetas, una institución permanente (la forma verbal que se emplea “yaqim” expresa una acción repetida o continuada por parte de Dios.

La interpretación unipersonal y mesiánica de este texto parece haber surgido después del destierro, a la luz de las esperanzas escatológicas de Israel, alentadas por los profetas postexílicos

La profecía es la forma propiamente israelita de mediación. El autor (probablemente exílico) desea hallar un lugar para la profecía en la comunidad ideal. Los profetas serán suscitados cuando la situación lo requiera. El profeta auténtico es el que es llamado por Yahvé, es de origen israelita, y prosigue con el oficio profético de Moisés. La profecía tuvo su origen en la petición de mediación que se hizo en el Horeb (56,23-28)

Una doble advertencia: no oír la palabra del profeta, será tenido en cuenta por el Señor. Uno que profetice lo que Dios no ha ordenado morirá.

¡Cuánta necesidad! ¡Cuánta importancia! Tiene para Israel el profetismo, es el instrumento de la comunicación de Dios, de orientación, de guía, de cuidado, de protección, de expresión de la Palabra que hace sensible la Presencia de Dios, cercana, segura.

En Israel no habrá más profetas como Moisés hasta Jesús.

Jesús será la expresión total, definitiva, segura y exhaustiva de la comunicación y revelación de Dios en su modo y en su contenido, en su palabra, vida y obra.....

Salmo 94: Ojalá hoy escuchen la voz del Señor

1 Cor 7,32-35 Quiero que vivan sin inquietudes.

Mc 1,21-28

v. 21: Jesús, por el Espíritu que ha recibido en su bautismo, inaugura su misión tal como le ha prescrito la voz del cielo. El enseña como el Señor de Is 42; al expulsar los espíritus inmundos, agentes de Satán, pone de manifiesto que despoja a éste de su poder.

v. 24: el espíritu inmundo reconoce en Jesús al profeta consagrado por Dios para su misión.

v. 27: esta pregunta recorre toda la primera parte del evangelio. Pedro le dará finalmente la respuesta: el es el Cristo 8,29.

Jesús enseña más que con palabras, sus gestos son un anuncio de la presencia del Reino. Dios destruye por medio de él el poder del demonio, de la enfermedad y de la muerte.

Jesús ha puesto su base de operaciones en Cafarnaúm, el pueblo donde vivían sus cuatro amigos, y allí empieza su actividad. Jesús es presentado como alguien que tiene autoridad en sus gestos y palabras. Jesús tiene poder divino.

Apenas llega Jesús, se entabla un combate por medio de la palabra. Jesús manda con una palabra llena de autoridad: cállate. El milagro ha sido narrado con gran sobriedad. Se dice lo justo, sin recurrir, como en los antiguos relatos de taumaturgos romanos o judíos, a gestos espectaculares. Basta la palabra eficaz de Jesús y el mundo se llena de la alegría de la salvación.

Este es un texto que pertenece al género literario exorcismo (al que se le ha añadido un relato de enseñanza), y en cuanto tal, evoca la victoria escatológica de Dios sobre el poder de Satán y la llegada del Reino de Dios. Pero siguiendo ciertas peculiaridades del relato, nos damos cuenta que tiene lugar justamente cuando miembros de la comunidad comienzan a liberarse de cierto "demonios" que alienan la propia libertad y el propio juicio crítico, y los más aferrados se resisten.

Aquel primer sábado del ministerio público de Jesús en Cafarnaúm estuvo marcado por el éxito. Marcos había advertido al lector que Jesús ya no se encontraba solo: lo acompañaban sus primeros cuatro discípulos, con ellos había entrado en Cafarnaúm y con dos de ellos –Santiago y Juan- habría de participar del culto sabático en la sinagoga de la ciudad.

Su participación en la sinagoga pareciera mostrar a Jesús como judío observante, pero por alguna razón que el relato omite, Jesús asume un rol totalmente inesperado para un hombre de su clase. Ese papel es el de enseñar. Y una enseñanza de una calidad enorme, patente a través del efecto que provoca en los oyentes: un sentimiento y una constatación. Ese sentimiento es la impresión.

El término empleado para referirlo es *ekpléssomai*. Originado en la raíz *plége* (golpe), indica el impacto que las palabras del Nazareno produjeron en quienes lo oían. Podría traducirse como "estaban sorprendidos o admirados" siempre que se tenga en cuenta que esa sorpresa o admiración provenía desde dentro, desde lo más profundo, no sólo desde la inteligencia cuanto del corazón; no sólo de la razón cuanto de la afectividad. Estaban conmovidos o impresionados. La enseñanza de Jesús tiene un profundo contenido vital, iluminador de la existencia, interpelador. La enseñanza del Galileo no deja indiferente.

El segundo efecto, aunque de naturaleza más racional o cognitiva, es un juicio: enseña como quien tiene autoridad y no como los escribas. La referencia a la autoridad es doble en el relato primero referido a la enseñanza, después al exorcismo. Se evidencia un vínculo entre enseñanza y exorcismo. La enseñanza preludia al exorcismo y éste confirma la enseñanza. Jesús es quien enseña con autoridad y da órdenes a los espíritus impuros, y éstos lo obedecen. De lo particular pasan a lo universal, de un acto, a un rasgo característico.

¿Qué significa autoridad? La autoridad no es el tono ni la seguridad de quien habla, sino su derecho a hablar: Jesús enseña como quien ha recibido de Dios el mandato para hacerlo.

Pero los escribas no tienen la misma autoridad que Jesús, y como lo propio de ellos es enseñar; se vuelve algo así como el principio del fin de la autoridad que se les reconocía a los maestros oficiales del judaísmo.

La enseñanza de Jesús, entonces, no sólo ilumina sobre los aspectos propios sobre los que versa sino vuelve capaces a quienes la reciben de emitir un juicio crítico respecto de la calidad de la enseñanza que venían recibiendo hasta el momento. Antes sólo podían decir Amén al escuchar enseñar a los escribas; ahora, en cambio, han descubierto que hay algo mejor, más autorizado, superior. Este descubrimiento los libra de decir necesariamente amén ante los escribas. Pueden llegar a discrepar.

La doctrina de Jesús ha roto una relación entendida casi como imperio ideológico que no acepta disensiones; ha puesto de pie a quienes antes se hallaban postrados por una presión doctrinal inapelable; ha devuelto la autonomía de opinión a quienes se encontraban sujetos y encadenados a un modo único de pensar y ver la realidad.

Por eso la reacción de los asistentes de Cafarnaúm a la sinagoga implica una revolución, no armada sino mental. Los escribas, que poseían un saber que no podía ser contestado, de ahora en adelante pierden esa prerrogativa: se puede opinar distinto de ellos ya que se ha descubierto que su enseñanza carece de autoridad.

Nadie aparentemente vio el verdadero alcance de lo que estaba aconteciendo, pues todos aprobaban la doctrina del Nazareno; nadie salvo: ¡el hombre con espíritu impuro!

Ese hombre se encontraba en la sinagoga –ya presente, entre dos crisis, en la sinagoga, o haciendo irrupción súbitamente en ella- Era miembro de aquella asamblea sabática. Se lo describe como poseído/con espíritu impuro. Este hombre habla en plural y en singular, aunque no se explicita que sean muchos (como en el caso del geraseno 5,9.12-13)

Se puede entender la escena no sólo como milagro de liberación demoníaca sino como restitución de la autonomía a un fanático alienado por una ideología perversa del poder. Esta ideología encerraba a sus cultores en un estrecho marco nacionalista y aferrado a tal punto a la seguridad de la tradición que llevaba a ver cualquier nuevo conocimiento como un factor desestabilizador, destructor, caótico. Provocaba el propio auto-enceguecimiento de sus adherentes.

Jesús con su enseñanza, había despertado el juicio crítico de los asistentes de la sinagoga; su autoridad había mostrado la falsedad de la autoridad de los escribas. Lo aceptable para todos, se vuelve inaceptable para el fanático. Por ello interrumpe la enseñanza del Maestro con sus gritos, expresando en plural: ¿qué a ti ya nosotros, Jesús nazareno? ¿has venido a acabar con nosotros?

Varios autores interpretan que hablando así se está expresando por los de su raza, todos los espíritu impuros, que se sienten amenazados por la presencia del Hijo de Dios. Sus palabras, implican que está reaccionando en nombre de un determinado sujeto colectivo. Como su reacción sigue inmediatamente al juicio de los presentes –aprobando la autoridad de Jesús reprobando la autoridad de los escribas- ella está íntimamente ligada a la revolución que tal enjuiciamiento está realizando.

La institución judía está siendo amenazada por Jesús de Nazaret, quien, con su enseñanza, está mostrando su ilegitimidad respecto del Reino de Dios. Aferrada minuciosamente a la Ley y encerrada en el estrecho marco que mira con desprecio y superioridad a los demás; la sinagoga, en cuanto institución simbólica de dicha religión, está perdiendo poder y crédito del que gozaba. Ciertas instituciones de este pueblo no reconocen el Espíritu Santo en Jesús y pretenden entorpecer su obra. Las anima un espíritu impuro.

El hombre muestra la estrategia: al llamarlo a Jesús, Nazareno y al confesar su saber la verdadera identidad, el Santo de Dios, lo tiente, como Satanás había tentado a Jesús en el desierto. Nazaret era tenida por su carácter fuertemente pro judío y nacionalista. Pues bien, el poseo, entonces, desafía a Jesús a ser lo que él piensa que debe ser por su origen: un verdadero judío, adherente incondicional a sus tradiciones y a su patria en el sentido estrecho de la palabra. Va incluso más lejos al llamarlo santo-consagrado- de Dios.

Estaría retándolo a asumir una consagración pero no con los valores por los que se había dejado conducir hasta el momento, representados particularmente en la escena de su bautismo (servicio, entrega, humildad, disponibilidad al Espíritu), sino con los valores de la institución judía de tinte nacionalista. El poseo provocaba a Jesús, entonces, a asumir un mesianismo triunfalista y popular, nacionalista y liberador de yugos políticos, en franca continuación con el tradicionalismo más exacerbado de Israel.

Jesús lo llama al silencio. No dialoga con él e impide que siembre confusión y regreso a la alineación fanática en los circunstancias, que ya han experimentado el comienzo de un proceso liberador. Y el hombre queda liberado del espíritu impuro, no sin antes mostrar signos de recio combate, que muestran tanto la gravedad de la esclavitud a que estaba sometido como la impotencia del espíritu impuro ante la palabra de Jesús.

Cabría leer esta liberación como la recuperación del juicio crítico que tan tenazmente se resistía a aceptar. Así, aún los más rígidos adherentes a un sistema que caduca ante la novedad del Reino pueden acceder, por la palabra con autoridad de Jesús, a la capacidad de juzgar con autonomía las realidades y así, ser verdaderamente libres.

Jesús, también hoy, devuelve a los hombres, amenazados constantemente por tantas alineaciones, la posibilidad de discernir y valorar. Pero no sólo a los que están abiertos sino incluso a los más recalcitrantes adherentes a los distintos sistemas que aprisionan al hombre. Ellos también pueden acceder, por la palabra poderosa del Señor resucitado, a esa misma libertad. Esto puede ocurrir incluso dentro de la misma Iglesia como institución de estructuras formadas por hombres.

Y Jesús es y seguirá siendo, el que enseña con autoridad, y da órdenes a los espíritus impuros. Quiera el Señor concedernos en la Eucaristía percibir su palabra que nos despierta y nos devuelve la autonomía y, con la fuerza de su pan vivo y partido, desalojar en nosotros toda resistencia a la novedad salvadora de su Reino.

La actuación de Jesús trata de encaminar a las personas hacia vida más sana, su rebeldía frente a tantos comportamientos patológicos de raíz religiosa (legalismo, hipocresía, rigorismo vacío de amor...) su lucha por crear una convivencia más humana y solidaria, su ofrecimiento de perdón a personas hundidas en la culpabilidad y la ruptura interior, su ternura hacia los maltratados por la vida o por la sociedad, sus esfuerzos por liberar a todos del miedo y la inseguridad, para vivir desde la confianza de Dios va insinuando la misión que les confiará a sus discípulos.

Jesús los imagina no como doctores, jefes, liturgistas o teólogos, sino como sanadores: proclamen que el reino de Dios está cerca, curen enfermos, resuciten muertos, limpien leprosos, arrojen demonios. La primera tarea de la Iglesia no es celebrar culto, elaborar teología, predicar moral, sino sanar, liberar del mal, sacar del abatimiento, sanear la vida, ayudar a vivir de manera saludable. Esa lucha por la salud integral es camino de salvación y promesa de vida eterna.

B. Hëring decía, la Iglesia ha de recuperar su misión sanadora si quiere enseñar el camino de la salvación. Anunciar la salvación eterna de manera doctrinal, intervenir solo con llamamientos morales o promesas de salvación desprovistas de experiencia sanadora en el presente, pretender despertar la esperanza sin que se pueda sentir que la fe hace bien, es un error, Jesús no actuó así.

Jesús no trata a la gente con poder, no trata de imponer su propia voluntad sobre los demás. No enseña para controlar el comportamiento de la gente. Su palabra no está revestida de poder institucional. Su autoridad nace del amor, de la fuerza del Espíritu. Busca aliviar el sufrimiento, curar heridas, promover una vida más sana. Jesús no genera sumisión, infantilismo, pasividad. Libera de miedo, infunde confianza en Dios, anima a las personas a buscar un mundo nuevo.

La Palabra de la Iglesia ha de nacer del amor real a las personas. Ha de ser dicha después de una atenta escucha del sufrimiento que hay en el mundo, no antes. Ha de ser cercana, acogedora, capaz de acompañar la vida doliente del ser humano. Una enseñanza nacida del respeto y la estima de las personas, que genere esperanza y cure heridas. Sería grave que, dentro de la Iglesia, se escuchar una doctrina de letrados y no la palabra curadora de Jesús que tanto necesita hoy la gente para vivir con esperanza. Jesús no fue un profesional especializado en comentar la Biblia, interpretar correctamente su contenido. Su palabra era directa y auténtica.

No dice discursos ni da instrucción, llama con un mensaje vivo que provoca impacto y abre camino en lo más hondo de los corazones. No es un vendedor de ideología, ni un repetidor de lecciones, es un maestro de vida. Un profeta que enseña a vivir.

Es duro reconocer que, con frecuencia, las nuevas generaciones no encuentran maestros de vida a quienes poder escuchar, ya que las palabras no siempre están acompañadas del testimonio y la responsabilidad.

Nuestra sociedad necesita hombres y mujeres que enseñen el arte de abrir los ojos, maravillarse ante la vida e interrogarse con sencillez por el sentido último de la existencia. Maestros que, con su testimonio personal, siembren inquietud, contagien vida y ayuden a plantearse honradamente los interrogantes más hondo del ser humano.

Señor, ayúdame a descubrir que mi vida sin Ti se convierte en miseria, que sin tu presencia se apoderan de mí muchos males que escapan a mi control, pero contigo vuelve la armonía y la calma.